

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA	José Antonio Camacho Espinosa. El club del libro. Cómo ser usuarios y gestores de la biblioteca escolar. En: Cuadernos de pedagogía, 2005. N.352, p. 90-92
-----------------------------	--

## **“LA BIBLIOTECA DE AULA-CLUB DEL LIBRO”. Cómo ser desde pequeños usuarios y gestores de la biblioteca escolar.**

*José Antonio Camacho Espinosa.*

*C.P. “Río Tajo”-Guadalajara*

La *biblioteca de aula*, particularmente en las primeras etapas educativas (Infantil y Primaria) es un instrumento básico para llevar a cabo el proceso de aprendizaje. En ella los alumnos tienen a su disposición, de forma rápida y permanente los documentos imprescindibles para dar respuesta a sus necesidades informativas, de aprendizaje o de ocupación del tiempo de ocio. Esta biblioteca debe nutrirse a través del préstamo colectivo de los documentos de la *biblioteca central*, que es la que aglutina y gestiona todos los recursos documentales del centro educativo. Sus fondos se renovarían periódicamente en función de la programación anual, de los temas tratados en el aula y de los acontecimientos o celebraciones que se vayan sucediendo a lo largo del curso.

No obstante, hay ocasiones en las que la falta de recursos obliga a desarrollar la imaginación. Hace algunos años, al llegar a un colegio cuya biblioteca escolar se reducía a una serie de colecciones de ficción y a un centenar escaso de libros de conocimientos más o menos organizados y cuyas aulas tampoco contaban con biblioteca, pensé que había que abordar un plan de actuación en el que los protagonistas fuesen, sobre todo, los propios alumnos. A la propuesta que cuajó entre los maestros que impartíamos el mismo ciclo educativo la llamamos “El Club del Libro”. Consistía, básicamente, en crear en el aula una

“minibiblioteca”, emulando las condiciones de organización y gestión de una biblioteca escolar. Lo primero que necesitábamos era un espacio físico: buscamos un armario adecuado y colocamos el mobiliario de tal modo que el aula contase con un rincón –bien iluminado- donde organizar y poder consultar los documentos. De los escasos libros de la biblioteca escolar, seleccionamos aquellos que consideramos más acordes con la edad y los intereses de nuestros alumnos. El siguiente paso era dar un servicio con aquellos libros. Cada semana un miembro del grupo era el encargado-bibliotecario. Él se ocuparía del préstamo y de la organización de los libros en la estantería. Para llevar control de los libros prestados, preparamos un *cuaderno de biblioteca* en el que cada alumno disponía de una hoja. Allí, semanalmente, se anotaba el libro elegido, con la fecha del préstamo. A la semana siguiente se anotaba la fecha de devolución y el nuevo título prestado.

Cada día, bien al empezar la clase o al terminar, el maestro leía algunos párrafos o páginas de uno de los libros disponibles. Ello daba pie a que los alumnos más reticentes a la hora de tomar libros prestados (la elección era totalmente libre y voluntaria) se animasen a llevarlo a casa. A veces lo leían, a veces no, pero el primer paso estaba dado.

Para que los alumnos se sintiesen más vinculados a la biblioteca diseñamos un carné que los acreditaba como miembros de “El Club del Libro”. Una vez confeccionados los carnés, aprovechando unas fichas que encontramos en la biblioteca y que ya estaban en desuso –los fondos ya estaban informatizados-, el encargado hacía el control del préstamo mediante un fichero en el que introducía, junto al carné, la ficha del libro prestado. Una nueva labor de los bibliotecarios fue la confección de la ficha de préstamo para cada nuevo libro que se incorporaba a la biblioteca de aula.

Dado que los fondos de la biblioteca escolar eran más bien escasos, tuvimos que recurrir a otras ideas. Al llegar las vacaciones de Navidad, aprovechando la reunión de padres para la entrega del boletín de evaluación, explicamos a las familias en qué consistía “El Club del Libro” y pedimos su colaboración, entre otras cosas, para llevar a cabo la siguiente iniciativa: cada alumno, como miembro del club, debería pagar una cuota mensual de un euro.

Este dinero nos iba a permitir comprar cada semana un libro que se iba incorporando a nuestro club. El libro se elegía entre las propuestas que hacían profesores, alumnos y familias. De este modo, al terminar el curso el club disponía de un fondo propio de tantos libros como alumnos, que eran repartidos por sorteo y así cada uno incrementaba su biblioteca particular con un nuevo título. Esta idea traía consigo una nueva tarea para el bibliotecario: el control de cuotas y el de ingresos y gastos, que se reflejaban en unas hojas destinadas a tal efecto en el mismo *cuaderno de biblioteca* en el que se registraban los libros leídos por cada alumno.

También recurrimos a la Biblioteca Pública. Ésta disponía de una colección infantil bastante bien dotada, tanto de libros de ficción como de consulta. Además, a los profesores nos proporcionaba un carné especial con el que podíamos sacar en préstamo hasta 50 ejemplares durante un mes. Esta alternativa la aprovechábamos, principalmente, para disponer de libros relacionados con los temas tratados en las distintas áreas del currículo, sobre todo en Conocimiento del Medio. Esto nos permitía realizar trabajos de investigación y consultas para ampliar los conocimientos adquiridos a través del libro de texto. Con todas estas aportaciones nuestra biblioteca fue tomando un aspecto bastante diferente. Pero aún quedaban otros muchos recursos documentales necesarios para la actividad diaria en el aula, entre ellos las obras de referencia. Aprovechando la dotación presupuestaria anual del centro y con algunas aportaciones extraordinarias de la Asociación de Madres y Padres y de una caja de ahorros, pudimos comprar para cada una de las aulas dos ejemplares de una enciclopedia de un volumen, dos atlas y quince ejemplares de un diccionario de la lengua adaptado al segundo ciclo de Primaria. Con ellos los chicos podían resolver dudas mientras estudiaban o hacían ejercicios y realizar en grupo actividades para el aprendizaje del manejo del diccionario.

Nuestra biblioteca de aula seguía creciendo: cuando estudiamos las distintas Comunidades Autónomas solicitamos a las oficinas de información folletos, mapas y otros materiales que, debidamente organizados en archivadores, también formaron parte de la misma. Cuando estudiábamos un tema que podía introducirse mediante un vídeo o una proyección de diapositivas, estos recursos se

incorporaban igualmente a la biblioteca de aula durante el tiempo necesario. Los distintos periódicos que de forma gratuita se buzonean por la ciudad sirvieron para abrir la sección de hemeroteca, que se vio incrementada con el tiempo gracias a los periódicos que algunos alumnos traían de su casa una vez que sus padres los habían leído. La cuota de un euro mensual también nos permitió comprar revistas infantiles que algunos descubrieron por primera vez. Con las aportaciones voluntarias procedentes de las bibliotecas particulares de ciertos lectores abrimos una sección dedicada al cómic. Y así, llegó un momento en el que el armario destinado a biblioteca de aula se quedó pequeño. Pero en el aula no había espacio para más, así que nos tuvimos que hacer un expurgo e ir retirando aquellos materiales menos usados. Unos iban directamente al contenedor de papel para su reciclaje (periódicos o revistas viejas), otros se devolvían a su procedencia (libros prestados por la biblioteca pública o traídos de casa) y otros pasaron a engrosar los fondos de la biblioteca central (archivadores con documentación de las Comunidades Autónomas).

La sección más valorada por el grupo y de la que no se retiró ningún ejemplar fue la de *producciones propias*: tanto los trabajos de investigación como las creaciones literarias realizadas por los alumnos a lo largo del curso se encuadernaban para su mejor conservación y se incorporaban a “El Club del Libro”, preparándose para el préstamo como el resto de libros. La llegada de estos trabajos a las casas y su lectura en familia fue muy valorada por los padres.

Nuevas propuestas se hicieron realidad en los cursos siguientes, como la confección de un panel en el que cada alumno valoraba el libro que leía con una, dos o tres estrellas, proporcionando de este modo una orientación a otros posibles lectores. También se estableció un tiempo semanal para que los muchachos que lo desearan hiciesen una breve presentación del libro leído esa semana si les había gustado especialmente, dando algunas referencias del mismo y destacando las razones de su predilección. Con el tiempo, se creó un taller por el que semanalmente pasaban distintos alumnos para la catalogación de los libros que llegaban a la biblioteca de aula, la colocación del tejuelo, el forrado, etc. La gran innovación tecnológica llegó de la mano de un ordenador por aula que pudimos

incorporar al rincón de los recursos documentales y con que se podían consultar y elaborar documentos en formato electrónico o hacer la catalogación y el préstamo.

Al llegar al tercer ciclo de Primaria, además de seguir utilizando la biblioteca de aula, los alumnos se desenvolvían con toda facilidad en la biblioteca de centro y en la biblioteca pública, de la que la mayoría eran socios. Reconocían con facilidad las distintas secciones, eran capaces de buscar y localizar las obras que necesitaban, hacían consultas al bibliotecario, etc.

La puesta en marcha de esta iniciativa, además de ser el germen del posterior desarrollo de la biblioteca escolar central, permitió iniciar un proceso de transformación de la metodología de trabajo, tanto de alumnos como de profesores, y la consecución de tres objetivos básicos: a) la mejora de los hábitos lectores y la dedicación del tiempo libre a la lectura, b) el inicio de un plan de formación en el uso de los recursos documentales y el tratamiento de la información y c) el aprendizaje de los procesos documentales y de gestión de una biblioteca.